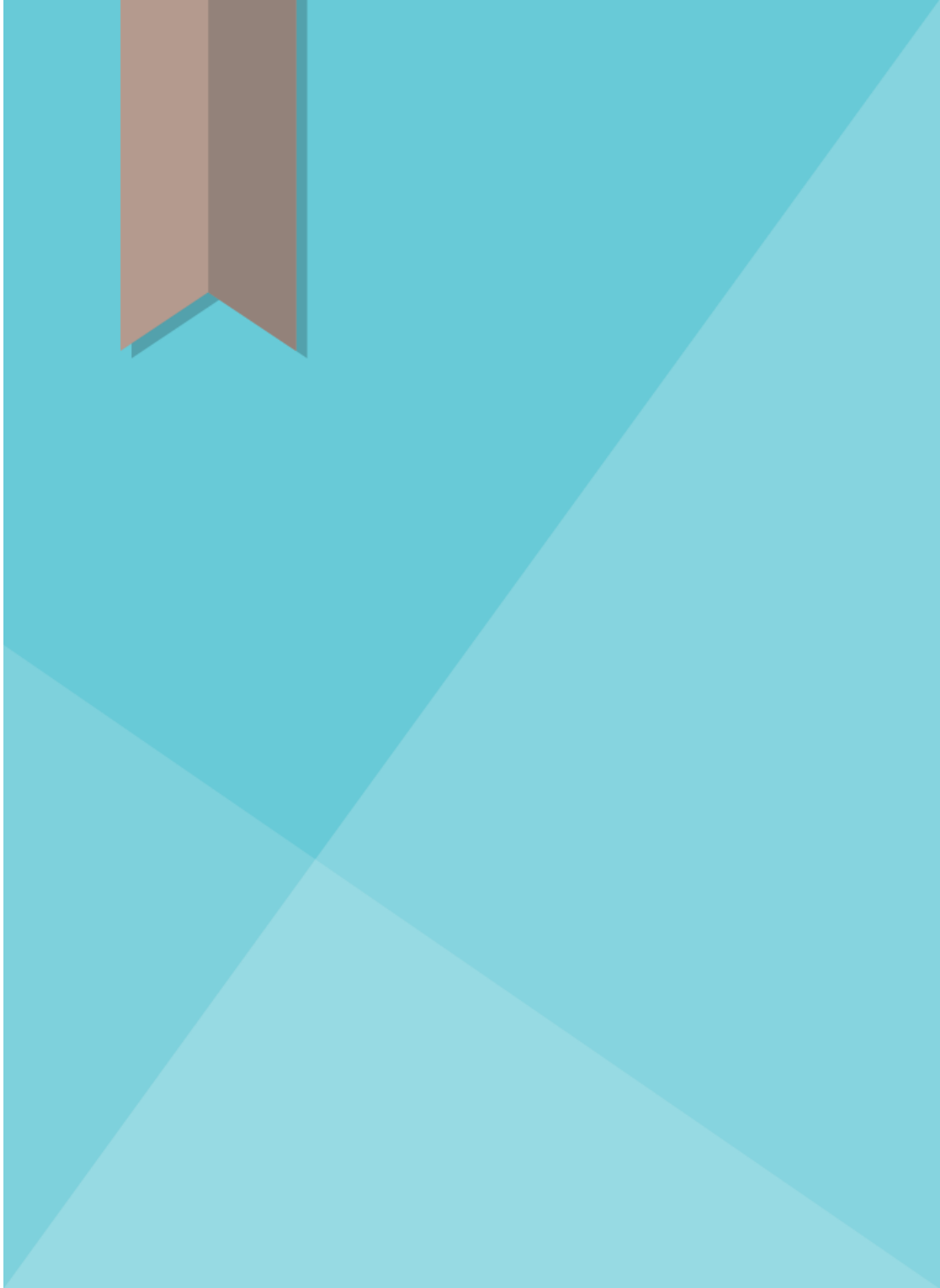


Zapatillas Blancas

miguel alejandro perez



Capítulo 1

Ella no me miraba o por lo menos era eso lo que sentía en el aire. Yo me llenaba los ojos con los detalles de su vestir: ese cabello que con cuidado y atención natural hubiese peinado esa mañana, después de hacer resonar el secador sobre él; su cartera con volados colgando, para que con cualquier movimiento se mecieran al compás de su lacia cabellera castaña. Cuando se volteaba para ver si el colectivo venía, conjugaba ese maldito vals que me desarmaba el corazón, sus volados y ese brillosos río pardo.

Me puse a su lado. De una u otra forma ya cada uno estaba con esos auriculares blancos cuando una frenada brusca hizo que le pisara sus zapatillas; esas zapatillas blancas que seguro tanto cuidaba por lo originales que se veían, les hice una pequeña mancha y ella solo me devolvió una sonrisa cuando le ofrecí mi disculpa — se lavan — me dijo o me dijiste, no sé si solo lo cuento o hablo contigo; quizá se lo confieso a alguien: que fui yo el que te mancho las zapatillas. Estaba ensayando alguna clase de introducción: que el clima, que la gente, que el dólar; cualquier cosa podría haber venido bien, y aun así ninguna se sentía adecuada. En una de las paradas neurálgicas, se abrió la puerta para que la oleada de gente se desatara en ese ambiente de claustro y convivio artificial; las oleadas de trabajadores y niños del colegio nos distanciaron, y las abuelitas dificultaron aún más la logística de nuestra cercanía. Un caballero debe hacer lo que debe hacer, y cuando pude darme cuenta ya estaba casi al fondo con una jungla de personas, mochilas y brazos colgantes que nos separaban; mi aislamiento no era absoluto, entre todo ese entrevero de partes aun podía ver su rostro de tez blanca como el azúcar. Mirabas perdida en pensamientos y absorta en tu parte de las ventanas; que pensarías... Las ideas debían de ser dulces porque entre sus ojos se adivinaba una alegría latente, y yo la contemplaba y hurtaba ese deleite al mundo con sentimientos de persecución desde ese lejano fondo. Así, me abstraía en unir esos puntos imaginarios que desencadenaban los impulsos nerviosos que se traducían en espasmódicas sonrisas que hundían tus comisuras en esos cachetes de leche. Ahora comprendo, como no me era posible en ese momento, saber que mis ojos eran el colmo de indiscretos. Pero así seguí, uniendo las causas de sus sonrisas. Seguro pensabas en el instituto, con más precisión, en esos adolescentes que siempre te esperaban con nuevas travesuras que te complicaban el día y te alegraban la vida; es que tenés que entenderlos, quien quiere pasar la tarde de un viernes soleado aprendiendo logaritmos. Y otro espasmo venía en ella, este era mas suave, como que venía desde más adentro, así que arrastraba más, tardando en moverla. Seguro pensarías en la cena de esta noche con tu mamá, si... tenías que ir a visitarla; ya hace más de un año que tu papa había muerto y alguien tenía que ir a espantarle los fantasmas que se le sentaban a la mesa y la hacía reír y llorar: no era sano; tus hermanos que ya eran también padres, no podían

ir tanto como antes; claro, los hijos te cambian por completo los tiempos. Hijos... Pensabas y se te desdibujaba esa profunda sonrisa de los ojos. Ya casi nunca pensabas en eso; pero uno no controla sus pensamientos, esos que pueden ser seguidos y concatenados de una forma muy obvia en el futuro e incomprensible en el presente, esas furtivas meditaciones que empiezan recordado el perro caniche del vecino y terminan con uno tomando lugar en el paso de sus abuelos por Auschwitz. Su mirada se fue hacia el piso con un ritmo aletargado y yo la sentí, sentí su turbación y una sacada de lugar; que, por otro azaroso bazar de sentimiento, no tardo mucho en irse. Justo cuando te veía recuperar la mirada, puede ver que me ubicas a través del reflejo del vidrio, y mis ojos salieron huyendo: casi los atrapas, quizá lo hiciste. Por fin, aun con la interferencia de lo rutinario de las circunstancias, pudo divisarme, y a medida que el calor me iba subiendo a la cara, me sentía más seguro de que me observaba en ese reflejo comprometedor. Me mirabas, si, lo hacías, y no tengo pruebas, pero sé que no podés negarlo; también sé que una mueca alegre se dibujaba en ti, ¿por qué sería? ¿será que también te ponías a jugar el jueguito de unir los puntitos que forman un dibujo? como esos de los cuadernos del jardín. Seguro eso hacía ¿pero que podía pensar de este sujeto, que se tomaba cualquier colectivo, que se salta las paradas y no sabe ni a donde lo llevan a votar? Que pensarías de ese joven pecoso y de risos desatendidos, que lo inculpaban de despertarse en las mañanas solo para llegar tarde a todo lo que le aconteciera el resto del día; de ese colorado y su maletín de un marrón chillón, regalado por un tío tacaño, que no combinaba con nada; de ese perdido que no sabia donde fijar la vista para disimular que estaba ciego, ya que miraba sin mirar si no podía verte a vos. Me sentía congelado y al mismo tiempo acalorado, por un bochorno que no era de esos se pueden explicar con la moral y las buenas costumbres o con la vergüenza de que me haya encontrado viéndola; sino de que agarro mi mano delincuente que se metía a robar peses dorados de sus azulados estanques mentales, esos que eran profundos con manchas violáceas y unas luces que no se sabe bien de donde vienen; e interrumpir semejante remanso de paz y ausencias, con mi mortal y carnosa mano de escudriñador, no, no, eso no podía estar bien, y ella lo sabía, por eso se sonreía al sentir mi calor interior desde el otro lado, ese calor que podía transmitírsele apenas metía su delicada mano en mi estanque de aguas agitadas y calientes, porque ahora me tocaba a mi ser el escrutado: era lo justo.

No sé cuánto tiempo estuvo allí, pasando sus delicados dedos por mis aguas, hasta que, o estas se calmaron, o su mano se aburrió y me dejo libre: cuan libre puede ser alguien después de semejante escrutinio. Pero ella no era del todo libre, algo la dejo inquieta y con un tono de dudas en sus miradas posteriores; ¿que se habrá encontrado? en esas aguas, turbias llenas de ramas y musgos, con animales que seguro son singulares de esas regiones, pero que no se dejan ver ni atrapar. ¿Será que los atrapaste? ¿O por lo menos viste a alguno? ¿Qué te pareció? valió la pena meter la mano a ese estanque todo gredoso. Como sea que haya sido, le

basto para darme también el par de ella y dejarme jugar en el intercambio de miradas y sonrisas; cada uno tenía un intento.

Yo la miraba desde un rabillo casi que se aproximaba al centro y a ella le quedaba hacer otro aproximamiento con unos cuantos grados más de indiscreción, yo sonreía por este o por aquel recuerdo impostor y ella barajaba de donde sacar un mal chiste de sus amigas y una muequilla más fuera de lugar se hacía presente. Continuamos jugando a ese levísimo paso a paso en una aproximación que no levantaba el más mínimo polvo, pero revelaba todas nuestras caras y alborotaba los corazones.

Cuando el juego de " pan, queso" iba tomando ritmo, los paisajes por los que nos llevaba el colectivo empezaron a cambiar; las casas y lo verde ya no está tan presente como antes, las sombras de los altos edificios empezaban a comernos poco a poco, ya entrábamos en las intransitables avenidas y las gentes del colectivo empezaban a rotar, cambiado niños por oficinistas, abuelos por obreros; todos eran de distintos colores, pero la ballena de metal seguía con el buche lleno de gente que siempre entraba y salía a las apuradas, bamboleándonos todos en los ajetreados movimientos. Llegamos al tramo de la avenida principal, ese que está lleno de sauces y lapachos (altos y primorosos en esa época del año) invadían nuestro horizonte para provocar, en común acuerdo con un sol que ya cernía en forma oblicua sus luces sobre la ciudad, una catarata de luz y sombras irregulares, pequeñas y grades manchas y desprendimiento de luz llenaban ese espacio a velocidades propias del agua en caída, si esta tuviera las propiedades de transformarse en luz. En medio de ese torrente de luces y sombritas fue que nuestro juego de miradas llegó a una celeridad de climaxs y nos quedamos mirándonos, con la más abierta impunidad, como si reencontráramos a alguien que hace mucho años se ha separado de las sendas de nuestras vidas y tuviéramos ese primer cruce de miradas después de haber atravesado en velo del tiempo y la opacidad de las vidas desentendidas, allí uno recibiendo al otro en ese andén en el que se transitan las líneas del tiempo; ¿ Lo recuerdas? Todo tan mecido por la prisa del chofer que no llegaría a horario con su propia línea; turbado por esos baches que carcomían las calles, interrumpido por los cuerpos anónimos e inocentes que se nos interponían; debo confesar que cada segundo que te sostuve la mirada fue un momento en el que estuve a nada de abandonar nuestro encuentro interior. Entre todo ese barullo llegó el momento en que mi valía fue recompensada con una sonrisa que estuvo completamente dedicada a mí. No me cabe dudas de que lo hiciste por mí; entre todos los engranes que desnudamos esa tarde, supe ver donde se originó el primer movimiento, este estaba ligado a ese colectivo y a esa tarde, a ese sol de las seis casi por ponerse, a esas personas anónimas sin las cuales la reunión no hubiera sido posible; pero sobre todo a este capricho del destino que soy yo para vos. Y allí estuvimos ella, ellos, aquello y yo, en una de las tantas orbitas de la vida que a veces conspira para mostrarnos algo, alienarnos del dañino pensar

y a cambio darnos un confuso instante de sentir. Sentí en la piel el primer paso que diste, despegándote de tu agarradera, unos siete pasos entre tu lugar y el mío, allí entre los relegados del fondo: fueron lentos y precisos, dados por alguien que sabe cómo manejarse en los tramposos transportes públicos. Hubo un brusco frenar del chofer, uno que hizo que todos nos agarremos de lo que se pudiera para no terminar en el piso y nuestros cuerpos tuvieron un accidental choque. Recuerdo tus ojos de ese rubio cenizo bien abiertos por el sorpresivo sopetón que ahora nos ponía cara a cara; tus pómulos altos y brillosos por instantes, bajo nuestro sol; el caer de tus cabellos, esa ondulada cabellera que se hacia unos pequeños bucles, que vos acomodabas para un costado porque sino te molestaban cuando ibas de arriba abajo, eso naturales rizos que a veces hubieras querido alisar, te cayeron sobre la frente y con una mano incómodamente libre te los acomodaste tras tu oreja; tus cejas continuaron por breves momentos levantadas, hasta que poco a poco vos y yo nos fuimos haciendo a la idea de que esos seres tan lejanos para nuestras manos y nuestra vidas estaban a un solo movimiento, a una sola palabra, a un saludo de sobrepasar ese limite que separaba nuestras vidas. Nuestros rostros, nuestras miradas, se sostuvieron en una suspensión ingrávida, mientras el tiempo y la vida surcaban nuestros trasfondos en un mutismo absoluto y totalmente desenfocados. Allí nos pudimos ver, quizás vos te acuerdes más, yo la verdad estaba en un lugar que escapaba a el espacio y en un instante que no puede ser acomodado en el tiempo, ni siquiera en uno detenido. Las palabras que nos habremos dicho pudieron haber sido vanas o las mas trascendentales de mi existencia, o talvez fue solo silencio: deseo que vos recuerdes la verdad, cualquiera que haya sido. Una parte mía se descorazona de que no pudiera haber sido capaz, de siquiera emitir un " hola "; pero también existe otra, mas madura, que desea que así hubiese sido... embargado por el silencio, ese evento en el que una "ella" mira las profundas lagunas de un "el" y este le devuelve la misma profunda mirada; ese evento que se congela en lo indefinible y escapa a las marañas del hombre y su primitivo don y su milenaria maldición: el descubrir. Al despertar pude ver como se marchaba con un rostro que no era igual a ninguno que haya visto en todo el viaje. Me dejabas también a mí, una cara totalmente transfigurada, como un campo totalmente rebalsado por un aluvión que se derramo sobre él de una forma embravecida y magnifica, sobre ese campo se cernieron ráfagas de agua que yo jamás llegue a escuchar desde un cómodo hogar del cual, al salir, me quede frente a un campo arrasado y también bendecido con la posibilidad de que la vida creciera en él.

A cuenta gotas conté sus pasos por la escalera: no debieron ser más de tres. Ese resoplido de los frenos que antes supo significar la apertura de un millar de posibilidades, ahora las mataba a todas, y vos y yo lo sabíamos. Recuerdo quizás, una risueña despedida muda cuando se iba. Podría ser un anhelo en vez que un recuerdo. Anhelo: que palabra más bella. Mucho tiempo después alguien supo decirme esa palabra. Eso fue en otros tiempos, después de que vos paso por paso, con esas zapatillas

blancas, fueras dejando ese simple colectivo, adentrando ese recorrido de la tarde entre otros tantos de la rutina, esas breves miradas en otras que van formando la vida. Se bajo. Allí en la vereda me la imagino despegándose de los recuerdos de ese chico, que en otras dimensiones minúsculas e inasibles pudo conocer y escudriñar. Ahora ya no me recuerdas, y hasta el hecho de haberme olvidado ni marcas pudo dejar; pero esa fue nuestra interacción, una que no pudimos atestiguar con los cinco sentidos, un encuentro tan lejano de nuestras manos.

Allí, en esa vereda te quedaste, mirando para todas partes, dudosa de seguir por tu camino o salir corriendo tras el colectivo; planeando que quizás cortando por entre los pasajes de las mazanas podrías llegar antes a la siguiente parada, subirte sin pagar, atravesar a los trancos hasta el fondo y decirme lo que quisieras: pedirme mi número, mi correo o solo un nombre; algún anclaje para que no me arrastren las marejadas del olvido, algo de lo que agarrarse para recordar; aunque el amor sea un fracaso, aunque las luchas sean inútiles, aunque el destino no se mas que un nombre caprichoso. Algo de lo que sostenerse por el mero hecho de no querer olvidar eso que por naturaleza transita por nosotros como imperceptible, eso que no puede ser definido más que como vida. Lo mas probable es que no haya hecho nada de eso, a lo sumo pasaron por su cabeza algunas incógnitas momentáneas, para luego dar el siguiente paso que iniciara otro evento en su vida. Con dolor admito que te quedaste y debimos despedirnos, desde aquí te doy mi adiós; miro por la ventana y muevo mi mano, ¿La ves?, solo con un leve movimiento de muñeca, te sonrío y vos me devolves la sonrisa. Y allí se quedó ella. En alguna de las paradas que siguieron subiste vos; tan seria con un talante recto e inexpresivo, ese lacio cabello que te llegaba hasta los hombros y que te hacia mas estrecho tu rostro cuando te caía por los costados, te ayudaba a sostener esa apariencia tan altiva que vendías al primero que te mirara; tu vestido salmón que por muy lindo que fuera solo hacia de accesorio a esos irrepetibles stiletos rosas.